

La Punta de los Ladrones (2.580 m.) vista desde la Torre de Cerredo que señala á 2.642 m., el punto culminante de los Picos de Europa

EN LOS PICOS DE EUROPA

APUNTES DE UN ALPINISTA

NADA nuevo puede deciros el cronista trepador y andariego del laberíntico macizo montañoso que alza alguna de sus cumbres á más de los 2.600 metros.

Ayuno de una sólida preparación científica que pudiera informaros de los detalles de geología, de mineralogía, de fauna y flora, habrá de contentarse el lector con estas impresiones ligerísimas, á las que falta hasta el saber describir la honda emoción que en el alma del que

escribe han producido los panoramas que las han inspirado.

Se trata, pues, de las notas sobrias y concisas de un alpinista, que en su cuaderno ha ido manuscribiendo el horario, alturas y detalles necesarios para que el lector pueda repetir la bellísima excursión que aquél ha realizado.

* * *

En los confines de las provincias de Santander, Asturias, León y Palencia

elévanse los renombrados Picos de Europa, hendidos por cerrados valles, plenos de verdor y lozanía, y por ceñudas canales y desfiladeros, que taján la corpulencia de aquellos roquedales con espantables precipicios, de paredes que suelen medir muy cerca de los 1.000 metros de altura.

Mi pasión, tal vez locura, por la montaña, me ha llevado en los primeros días de Septiembre, junto con dos queridos camaradas, maníacos como yo de trotar por tierras fragosas y ásperas, hasta esta escondida comarca cantábrica, de una belleza tan sublime, que nunca hubiera supuesto encontrar en España.

Son los Picos de Europa un fiel traslado de esos prodigiosos panoramas alpinos que portfolios y postales han divulgado, y que sólo creíamos exclusivos de Suiza.

Sus valles se arrebujan entre hayedos y pinares espesísimos, seguro cobijado de osos, lobos y jabalíes. Por sus hondonadas corren ríos de cristalino caudal, que se despeñan cien y cien veces en resonantes cataratas y chorreras.

Cierran el horizonte ingentes montañas, de quebrada silueta, cuyas escarpas son asilo inaccesible del montaraz rebeco.

Y si no fuera aún bastante este grandioso panorama que á vosotros, los fer-

voros contemplativos de la Naturaleza, ofrece aquel portentoso escenario, los Picos de Europa guardan en su entraña prodigiosas riquezas minerales, que ya los hombres explotan, trepanando la montaña con las profundas galerías de las minas.

* * *

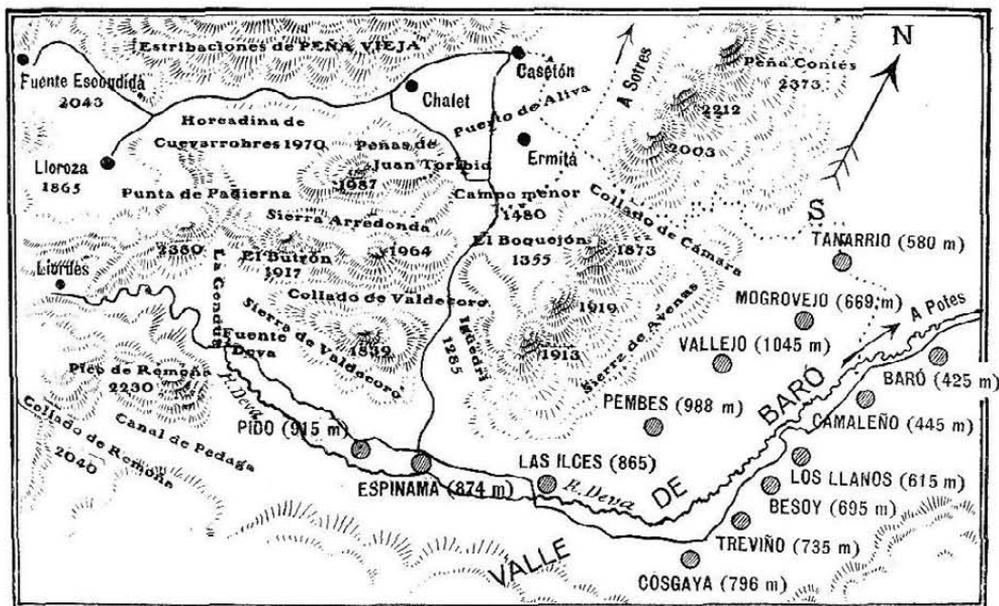
Salimos de Santander á las ocho de la mañana. El ferrocarril del Cantábrico nos deja en la estación de Unquera, para lo cual han bastado dos horas y media y 4,50 pesetas de un billete de tercera clase.

Junto á la estación, un ómnibus automóvil aguarda; por cinco pesetas en el interior y 3,50 en la baca os lleva hasta Potes, donde rinde el viaje.

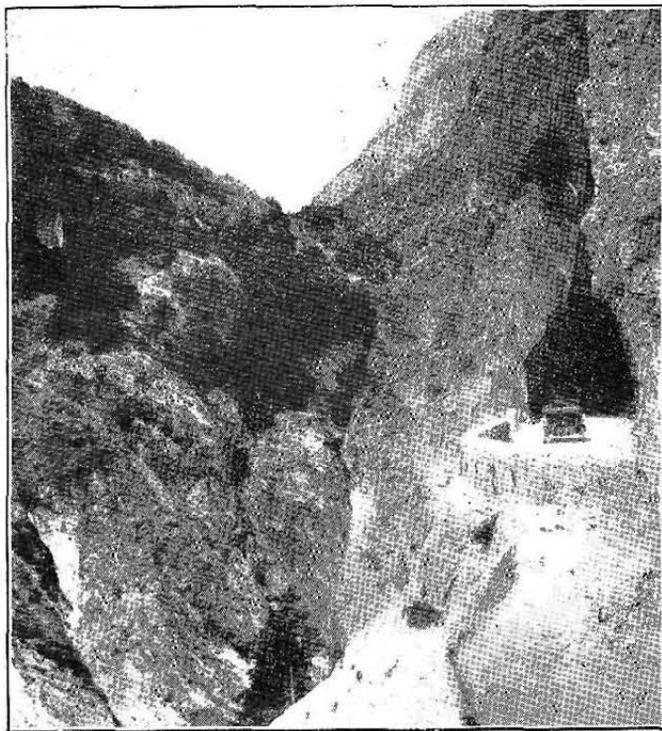
Dos horas invierte en recorrer los 41 kilómetros, y á la una y media de la tarde os halláis frente á la fonda del Rubio, en Potes, donde os servirán un confortable almuerzo.

Desde Unquera el trayecto es un camino de ventura y bendición. La bien cuidada carretera permite al auto marchar con una relativa celeridad por constante cuesta arriba, que subimos durante todo el itinerario.

Se cruza el pueblecillo de San Pedro de Balneras, á cuatro kilómetros, y ya penetramos en la provincia de Oviedo, de la que atravesamos los pueblos de



Ensayo de croquis del macizo oriental de los Picos de Europa por el autor del artículo



Detalle del desfiladero de La Hermita

Buelles (kilómetro 7), Mazo (kilómetro 9) y Panes (kilómetro 12), donde para el auto unos minutos.

Nueve kilómetros más allá nos hallamos de nuevo en la provincia de Santander, sorprendiendo al viajero un expresivo cartelón que en letras rojas dice: «Carretera muy peligrosa.»

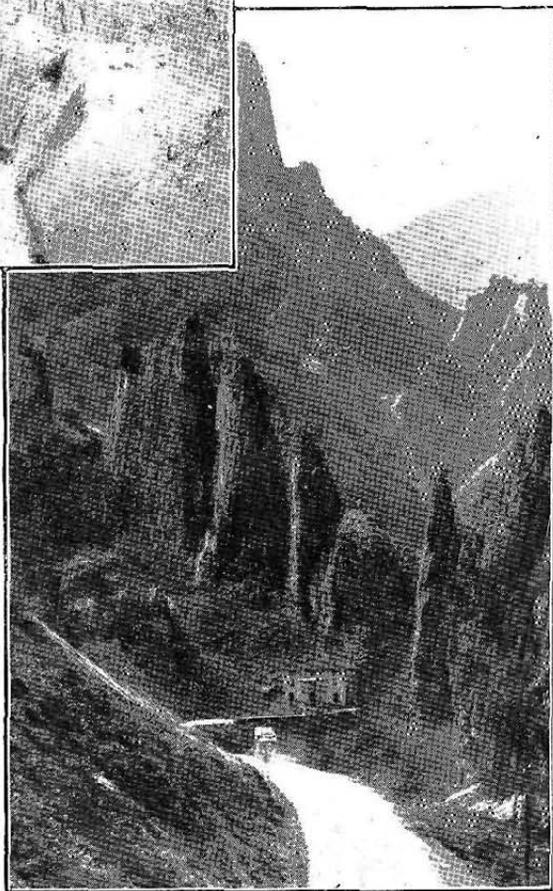
Ya desde Panes observamos cómo á los verdes montes suceden las griseas montañas. Durante unos minutos vemos allá lejos, á la derecha, la irregular pirámide de Peña Mellera, alta, esbelta, que clava su puntiagudo remate en las nubes negras y amenazantes.

Caminamos ya junto al río Deva, de cauce tumultuoso ahora, antes aquietado en anchos remansos, en su proximidad al mar, cuando las aguas salobres se mezclan con las dulces y claras que beben en la madre montaña.

Entramos en el desfiladero de la Hermita. Las paredes del estrecho barranco parecen próximas á juntarse; apenas si

están separadas una de otra una veintena de metros.

El río Deva corre á la diestra de la carretera; á las veces, sus aguas bullidoras métense debajo de aquélla, deshaciéndose en una blonda de espumas al doblar un recodo de la angosta garganta. Obsérvase desde el coche la erosión del agua en la roca, su bárbaro trabajar durante siglos y más siglos, hasta romper aquel dique ci-



Puente Urdón

elópeo y salir por otros valles en busca del mar, que á muy pocos kilómetros rompe sus olas en negruzcos acantilados.

A cada instante se suceden cavernas labradas por el río, portentosas *marmittas de gigantes*, maravillosas grutas de las que penden prodigiosas estalactitas.

El camino sigue en continuo zigzag y el río viene en dirección contraria, besando á veces la linde de piedra.

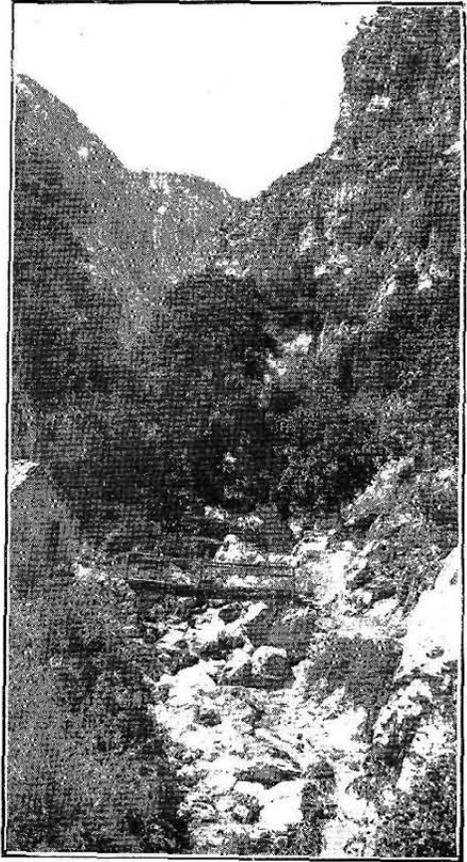
Un monumento ábrese el desfiladero y la carretera salta sobre el Deva por el puente de Urdón.

Aferrada á las escarpas de la montaña, una monstruosa tubería de acero baja desde la cumbre hasta las hondonadadas de la garganta: es el salto del Urdón, en el que el agua de los altos lagos da una descomunal cabriola de 400 metros y mueve las poderosas turbinas de la fábrica que abastece de fluido eléctrico á la capital de Santander.

Llegamos á la Hermida, lugar de renombre por sus Termas, é insustituible centro de excursiones al macizo oriental de los Picos. Nos hallamos á 120 metros de altitud sobre el mar, á cuyo nivel estábamos al salir de Unquera.

Sigue el camino en igual forma, ó sea al fondo de la estrecha garganta, y se deja á la izquierda la Ermita de Lebeña, declarada monumento nacional: construída en el siglo IX, encuéntrase muy bien conservada; su estilo es románico primitivo; muy cerca de ella están las ruinas del castillo de Piedragita.

Salimos de aquel fantástico desfiladero, coronado de caprichosas agujas de piedra y corpulentos y formidables picachos. A sus puertas aún, cruzamos el pueblo de Aniezo, á 37 kilómetros de distancia de Unquera, y después el de

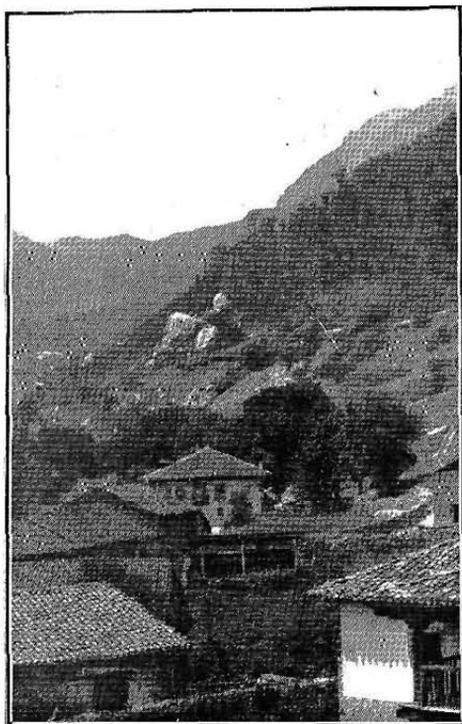


Desagüe del salto de Urdón

Hojedo, kilómetros 40, á 310 metros de altitud.

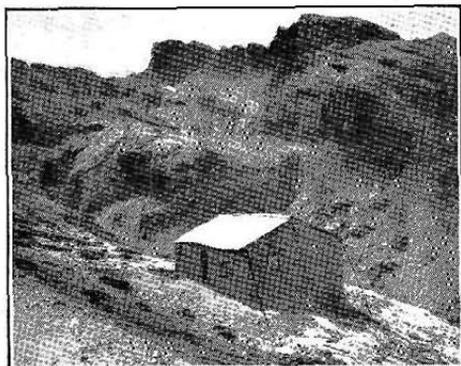


Sierra de Avenas (fondo izquierda), Collado de Cámara (depresión) y Tabla de Lechugales (fondo derecha). Vista tomada en el mes de Mayo desde la vertiente Sur



Vista parcial de Espinama

Ya vemos á nuestro frente la villa de Potes, á la entrada del poético valle de Liébana, agrupado su caserío junto



Caserón de las minas en la vertiente del lago de Andara

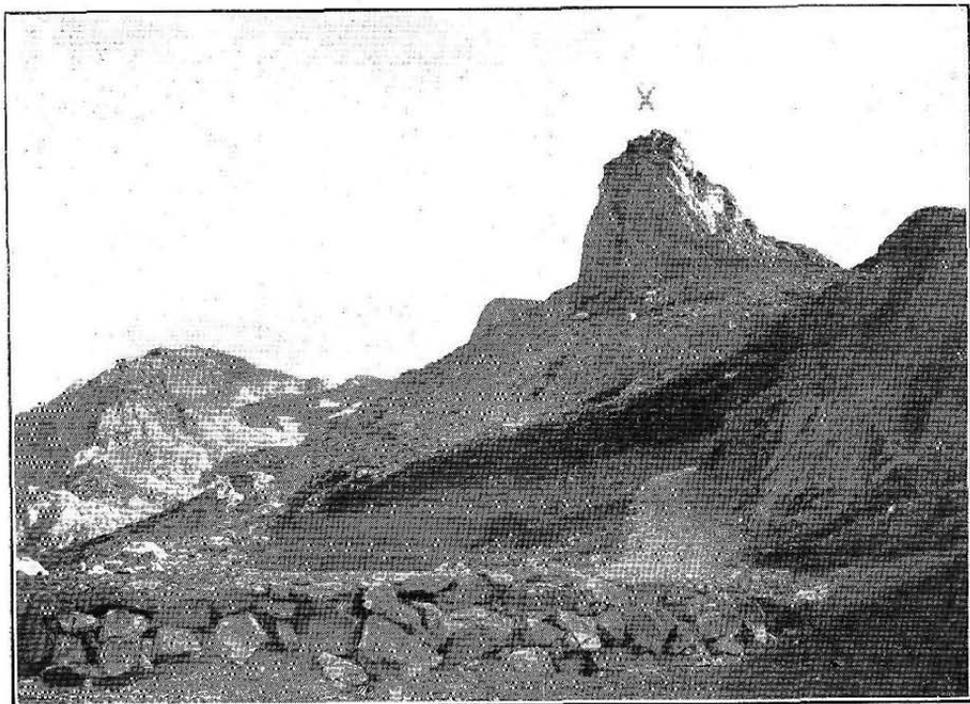
á la esbelta torre de un castillo, que aún alza sobre sí cuatro gallardos torreones.

* * *

En la villa de Potes encontraréis la guía mejor documentada de los Picos de Europa: no es otra que la persona tan estimable de Antonio Bustamante, gran aficionado á la montaña y excelente conocedor de todas sus cumbres. No se trata de un guía, sino de un estudioso, de un hombre que posee datos científicos de inestimable valor, fotografías de los más escondidos rincones, detalles de alturas, nomenclatura y constitución geológica. No en vano fué el



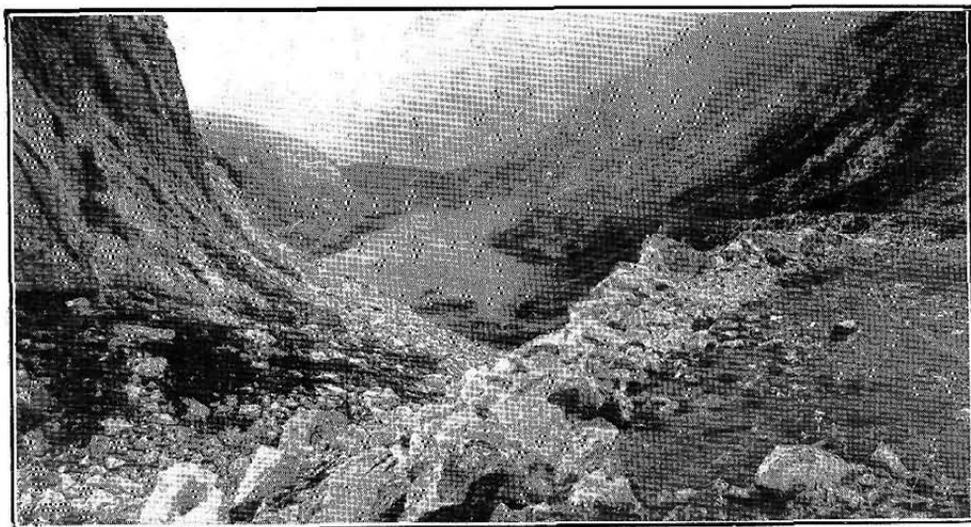
Últimas cumbres de la Tabla de Lechugales (primer término izquierda), el Colado de Cámara (centro) y la sierra de Avenas (derecha). Al pic y delante el puerto de Aiva. En último término la cordillera Cantábrica con Peña Labra y el Pico de Tres Aguas. Vista tomada desde Peña Vieja



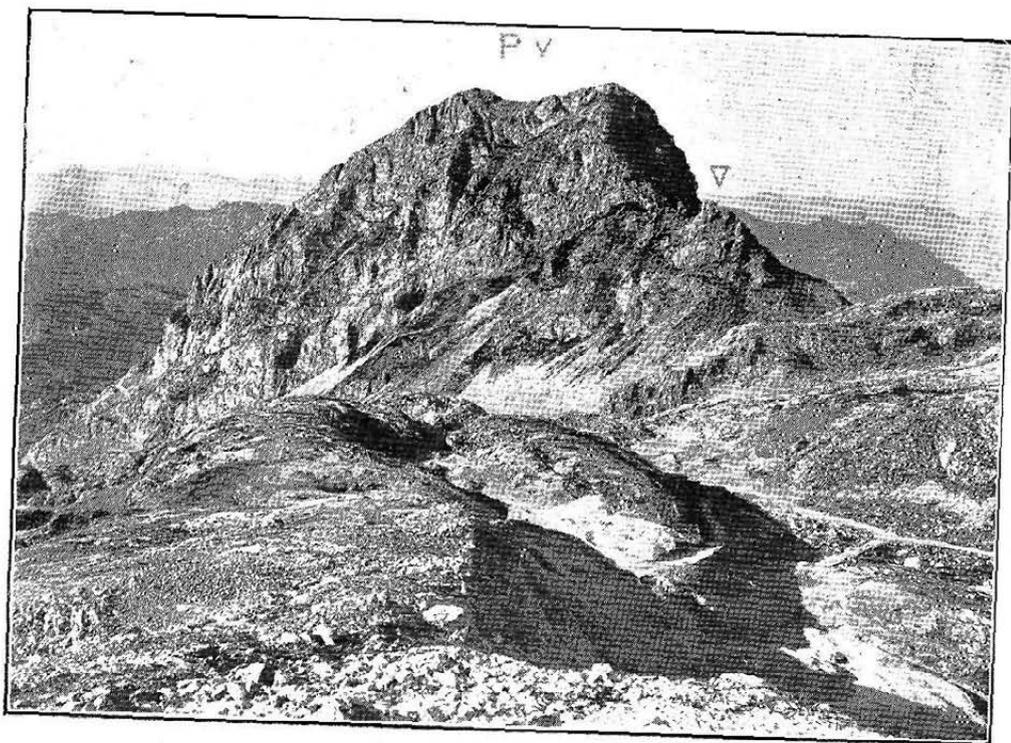
Peña Mellera (x): vista tomada desde la carretera del Valle de Llanes. Es la primer cumbre que vé el excursionista al salir de Unquera

acompañante durante seis años del sabio francés conde de Saint Saud, que muy en breve terminará su mapa de los Picos de Europa á escala de 1 : 500.000.

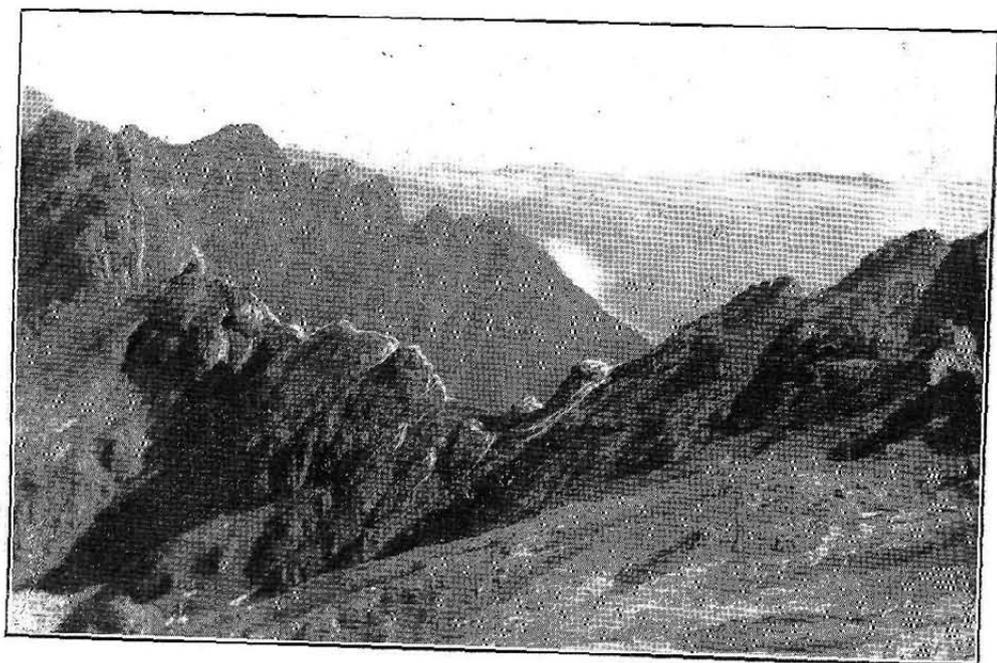
El Sr. Bustamante, socio honorario del Club Alpino, os trazará en breves instantes un itinerario excelente al que ajustar vuestras expediciones; él os dará



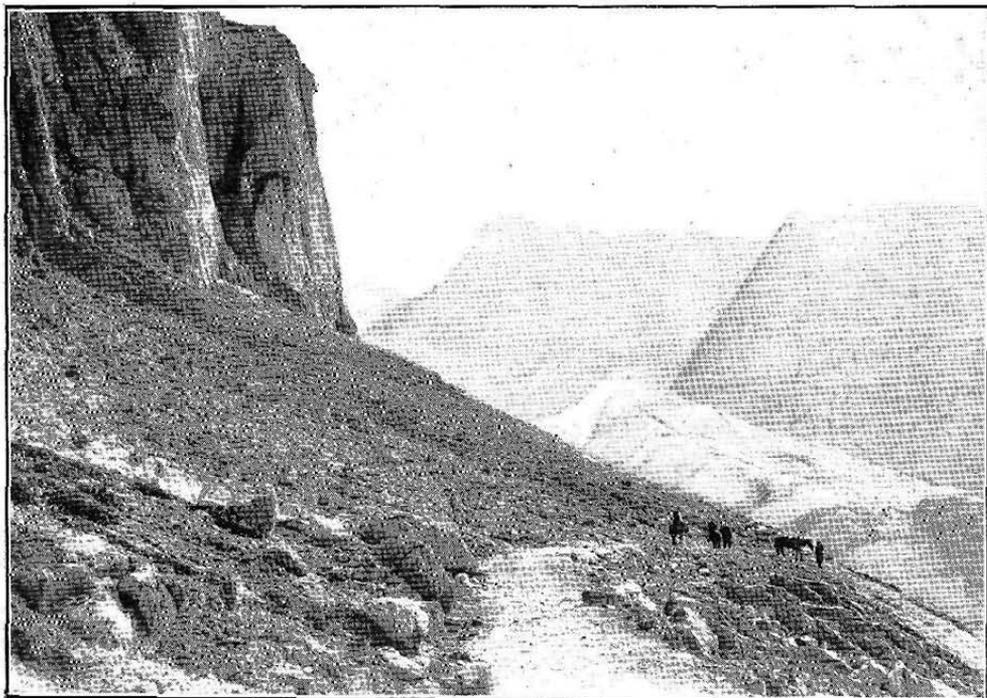
Panorama á vista de pájaro del famoso lago de Ándara, situado en la vertiente Cantábrica del macizo oriental de los Picos, y en cuyas inmediaciones se encuentran las famosas minas de bienda y de calamina, actualmente en explotación (1.927 m. de altitud sobre el nivel del mar)



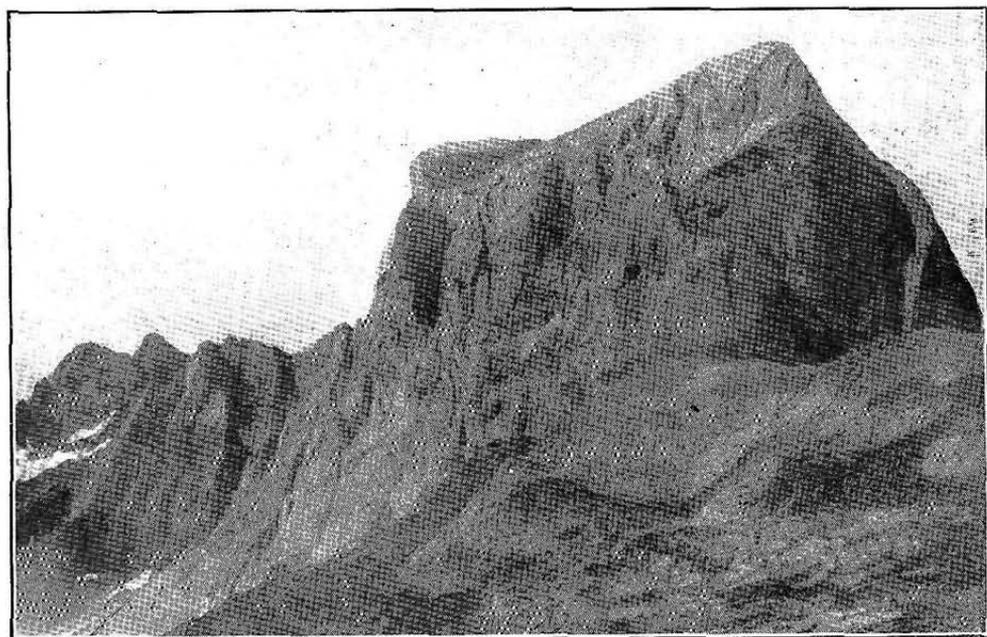
Cumbre de Peña Vieja (P V) y puerto de Aliva (á la derecha); el triángulo marca la parte más alta de la canal del Vidrio. Vista tomada desde el pie del Collado de Cámara



Estribaciones de la vertiente occidental del macizo de Peña Vieja: en último término la cordillera Cantábrica



Últimas estribaciones de Peña Vieja (S. O.), camino de Lloroza; en segundo término el Circo de Lloroza, y en último, las Peñas de Juan Toribio (centra) y la punta de Padierna (derecha)



Vista de la cumbre de Peña Vieja tomada desde el cable de las minas de Lloroza



Esiribaciones S. E. de Peña Vieja y (á la derecha) el desfiladero llamado Canal del Vidrio

tarjetas para todos los pueblos y personas de la comarca, él hará cuanto le sea dable porque la excursión os resulte amena é interesante; pues además de ser una gran persona es un enamorado de aquella bendita tierra en que tuvo la fortuna de nacer y ahora de vivir.

* * *

Después del almuerzo, en la ya citada fonda del Rubio, en Potes, salimos con dirección á Camaleño, al que llegamos al término de nueve kilómetros de carretera. Junto á ella, corre en dirección contraria el río Deva, y muy cerca, al otro lado de su margen izquierda, alza-se el elevado macizo de la *Tabla de Lechugales*, con cumbres de esbelta y difícil silueta como (de derecha á izquierda, vistos desde valle) el *San Melar* (2.240 metros), *Silla del Caballo* (2.218), *Cuello de la Funciana* (2.272), *Pico de Hierro* (2.436), *Punta del Evangelista* (2.430), *Peña Contés* (2.373); en la otra vertiente de las tres primeras hállanse las minas y el lago de Andara.

Hiéndese el perfil de la *Tabla de Lechugales* en un

do de Cámara, á 1.705 metros, subiendo de nuevo á mayor altura en la denominada *Sierra de Avenas*, cuyas rocas cimeras tienen como altitud máxima 1.873, 1.919 y 1.913 metros, cortadas por dos regulares depresiones.

Desde Potes (360 metros de altitud) hemos subido hasta los 445 metros á que se halla Camaleño, cruzando antes los pueblecillos de Turieno (374 metros) y Baró (425 metros). En Camaleño termina la carretera, y de seguir el camino más corto para el puerto de Aliva, debiéramos ir entonces por la canal en cuyo fondo corre el río Sota, que aquí en el pueblo se une al Deva, y buscar el *Collado de Cámara* por la aldea de Tanarrio.

Pero nuestro proyecto es el de ir á Espinama, pueblo el más lejano y escondido del valle de Baró. En Camaleño comienza un camino de carros, que muy en breve será carretera, y en fuerte pendiente arriba vamos dejando atrás las aldeas de Los Llanos (615 metros), Besoy (695 metros), Treviño (735 metros), Areñas (700 metros) y Cosgaya (780 metros); al salir de éste cruzamos por el riachuelo de Cavo,

que junta sus aguas con el Deva á los pocos metros. Desde Los Llanos, el camino está abierto entre un bosque espesísimo, que nosotros hubimos de cruzar de noche.

A los tres cuartos de hora hemos de cruzar otro puente, pero este sobre el Deva, que desde entonces tenemos á la izquierda, y atravesando la aldea de Las Ilces (865 metros), sólo nos restan veinticinco minutos para llegar á Espinama, pueblo de una situación excelente, á 874 metros de altura, rodeado de montañas, á excepci6n, claro es, de la hendidura por donde el río Deva escapa.

Hemos invertido cuatro horas y media en recorrer á pie la distancia que separa á Potes de Espinama. De haber podido alquilar un caballo que transportara nuestros morrales, hubiéramos invertido una hora menos (1), ya que el peso de veinticuatro kilos á la espalda

(1) Nuestra excursi6n coincidi6 con la reciente cacería regia; por ello, todos los caballos alquilables de aquellos pueblos estaban ocupados en el transporte de la impedimenta considerable de los cazadores. En tiempo ordinario es fácil hallarlos al precio de cinco pesetas por día.

retrasa la marcha por los obligados frecuentes descansos.

En Espinama nos sorprende agradablemente una iluminaci6n á la veneciana de una verbena improvisada por unas señoritas profesoras de instrucci6n primaria, que en este encantador pueblecillo disfrutaban de las vacaciones estivales.

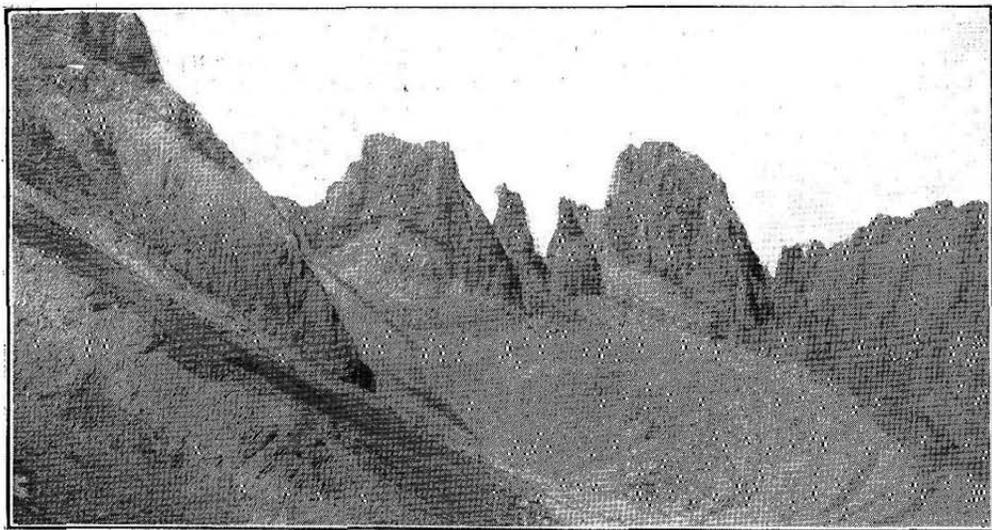
Nos alojamos en la fonda de Vicente de Celis. Mientras la cena transcurre, vemos cómo en la plazoleta iluminada que se extiende bajo nuestros balcones las jovencitas bailan al son de un pandero, que una de ellas hace vibrar habilísima y diestra.

Muy de mañana salimos del pueblo con rumbo á la *Peña Remoña*, esbelto picacho que la noche antes admiramos desde Espinama, apenas iluminado por la luna menguante.

Llevamos de guía á Francisco Llorente, *Quico*, gran conocedor del macizo oriental.

Cruzamos la aldea de Pido, agregado de Espinama, y siguiendo por un ancho camino carretero llegamos á una enorme pradera que se extiende al pie de un





Tiro de los Machos en la sierra de las Moñas

cerrado circo de montañas formado por la *Remoña*, la *Padierna*, el *Butrón* y la *Sierra de Valdecoro*. Descansamos junto al manantial origen del río Deva, en el lugar llamado *Fuentedé* (contracción de Fuente Deva).

En constante borboteo surge el agua que proviene de una fuente que nace al pie del *Butrón*, cayendo al valle en un salto de cerca de 80 metros, para ocultarse bajo tierra y surgir después en el manantial, junto al cual nos hallamos.

Por un antiguo camino de carros, que gatea en agudos zig-zag por la vertiente Sur de la *Padierna* ó *Paviorna* (así la llama el guía), nos internamos en la estrecha canal de *Liordes*.

El camino, abandonado hace ya quince años, es detestable, muy pedregoso y empinado. Invertimos dos horas y media en coronar el puerto de *Liordes*, llegando junto á un caserón, ya derruido, que sirvió de albergue á los obreros cuando las minas de *Liordes* eran explotadas.

En una fuente, próxima á las ruinas de la casa, merendamos. El termómetro marca en el remanso del manantial 3'5°; el agua es transparente y agradable; esto, unido á su frescor y á que es de caudal perenne, la hacen digna de ser anotada, por ser la única fuente que se encuentra desde el manantial del Deva.

El ascenso á la *Peña Remoña* no es muy fuerte desde el puerto; únicamente el

escalar las agujas terminales del picacho ofrece alguna dificultad, y ésta es solo relativa, pues influye mucho la contemplación del cortado á pico que cae por la *Canal de Pedaga*.

Ya en la cumbre, el panorama que se ofrece á la vista es prodigioso; á los pies el valle de Baró, con el verde lujurioso de las praderas moteado de los puntos rojos y blancos de los pueblecillos; por las dos laderas de monte que limitan el valle, trepan los espesos bosques de hayas y pinos hasta la cumbre de la primera barrera montañosa; tras ésta, á nuestra derecha, mirando al Este, álzase los picos de *Koriscas*, *Los Embudos*, *El Sestil* y *Peña de las Partigas*; más atrás aún, *Peña Lara* y el llamado *Pico de Tres Aguas* (1).

A nuestra espalda, los montes de Palencia y de León, desgarrando sus cumbres un espeso mar de nubes que sobre ellos se cernía, y á mano siniestra la espléndida filigrana de piedra de los Picos de Europa, y como reina de ellos, elevando sus torreones cimeros sobre aquel encrespado oleaje de montañas, la *Peña Vieja*, con manchas de nieve en las umbrías.

El descenso lo hemos realizado por la

(1) Así llamado por nacer en él el río Saja, que da aguas al Cantábrico; un arroyo afluente del Ebro, que desemboca en el Mediterráneo, y el Pisuerga, que por el Duero, desagua en el Atlántico.

pedregosa *Canal de Pedaga*, en cruzar la cual se invierte media hora de marcha rápida, casi corriendo, desembocando en una inclinada pradera para internarnos después en un bosque muy nutrido de encinas, á cuya salida encontramos el camino de Pido, llegando al anochecer á Espinama.

* * *

La niebla, espesísima, acompañada de una ligera llovizna, nos acompaña durante las primeras horas de la mañana siguiente.

Subimos por el tortuoso camino que conduce al Puerto de Aliva; al poco tiempo de marchar por él alcanzamos á un arriero, que en dos borriquillos conduce una descomunal provisión de pan y vino para la cantina de las minas de Aliva.

Muy amablemente nos invita á que dejemos nuestros morrales (¡que pesan una tontería!) sobre los pollinos de su cargo. Llámase el anciano Alejo López, y con una encantadora parla, nos dice de sus correrías por la montaña en los tiempos en que él iba á rebecos.

Háblanos de aquellos hayedos que son guarda de osos; de las sendas lobiegas (1), de las cumbres por él y nosotros tan admiradas, ahora encaperuzadas por unas nieblas tenazmente densas.

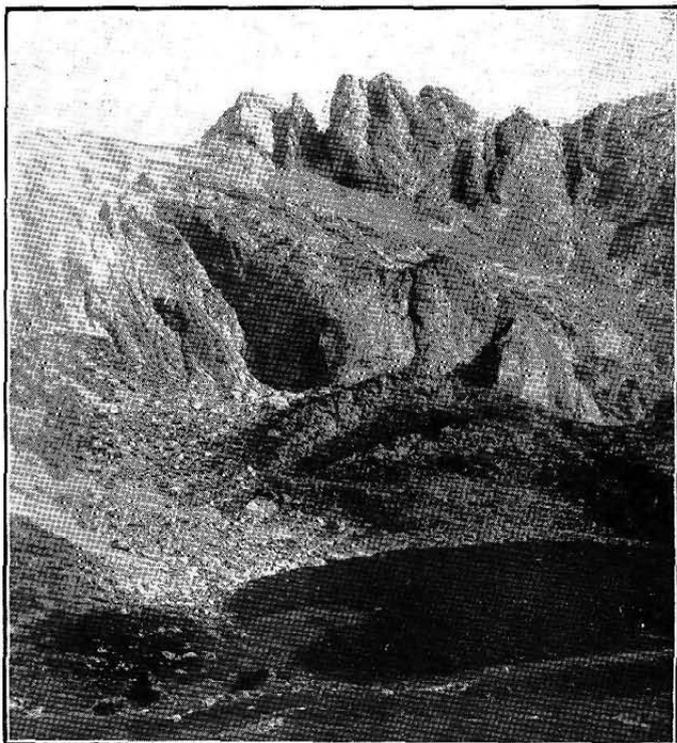
Aquella noche comentamos mis camaradas y yo en la caseta que nos sirvió de albergue la virtud hospitalaria y cariñosa de todas las gentes de esta comarca, que no cesan en sus atenciones afabilísimas para el excursionista. En los caminos, encontráis unos chucuelos que cuidan de unas vacas, y los niños se descubren á vuestro paso y os despiden con un ¡buen viaje!, extrañando sobremanera la cortesía de estos peque-

ños montañeses. En las casucas perdidas en el espesor del bosque ó en las altas praderías, sus moradores os invitan á reposar la fatiga de la jornada, y os brindan una herrada de leche fresca y pura y un trozo de borona (pan de maíz). Y vuestro asombro crece, cuando os devuelven la moneda con que queréis recompensar aquella atención, y se indignan honradamente si persistís en dejarla en manos de los niños que juegan en la puerta.

Al término de una hora de camino atravesamos el lugar de Igüedri, destinadas sus casetonas para albergue de ganado durante el invierno.

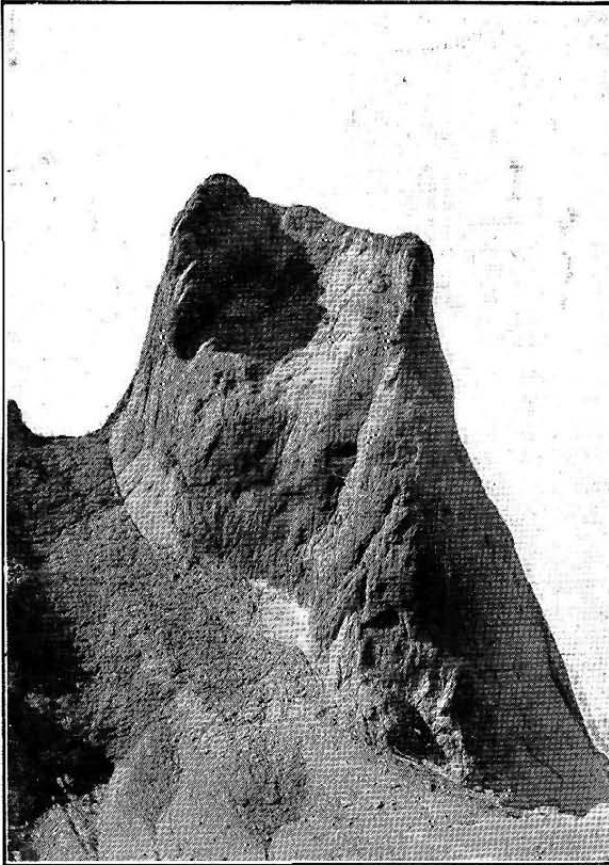
Ya el ancho sendero hácese menos pendiente y se interna en un breve desfiladero, el *Boquerón* (en el diseño aparece su nombre equivocado, dice *Boquejón*), por donde escapa con dirección á Espinama el *Arroyo Sargüeso*, que nace á pocos pasos del estrecho que ahora cruzamos.

Las nubes, enredadas en las escarpas de los picachos, nos impiden contemplar el panorama que las cumbres deben ofrecer.



(1) Frecuentadas por los obos.

Picos de Altraiz (fondo) y Hoyo sin Tierra (derecha según término)



El Naranco de Bulnes, vertiente Sur

Seguimos por la ancha senda y damos vista al chalet que la Real Compañía Asturiana de Minas ha hecho construir en la planicie del Puerto de Áliva, y en el cual se alojan el Rey y sus invitados.

Ha sido una fatalidad coincidir en nuestra excursión con la cacería regia. En todo el sendero, desde el puesto, hállanse destacadas innumerables parejas de Guardia civil; en torno al chalet de Don Alfonso, varias tiendas de campaña se agrupan en número de doce; multitud de gente pulula por la explanada del Campamento, trayendo y llevando órdenes; de una tienda surge una chimenea metálica, que vomita un humo densísimo, es la cocina; á la puerta de otra, varios soldados de Administración ríen y se divierten; con nosotros se cruzan dos embozados, caballeros en trotadores potros; van acurrucados en los capotes de monte, las manos forradas con peludos guantes la testa medio oculta por un

gorro de lana y piel; van camino de Espinama.

El contraste que con nosotros ofrecen es curioso: ellos asomando tan sólo las narices por entre el fardo de capotes y mantas con que se resguardan de un frío imaginario; nosotros con la pelambre al viento, en mangas de camisa y los brazos morenos y cortidos al aire. ¡Qué diferencia entre los que vienen á la montaña á satisfacer sus ansias de vida sana, de aire puro, de panoramas salvajes y bravíos, y los que por obligación han de llegar á ella en su calidad de acompañantes ó servidores de otros!

Lo gracioso es que hubo quien nos miraba con aire de ridícula superioridad. ¿En qué sería superior?

* * *

Almorzamos junto á una fuente que brota en la falda de las *Peñas de Juan Toribio*. A las dos de la tarde reanudamos la marcha, y después de subir y cruzar la depresión de *Horcadina de Cuevarrobres*, en que se hunde una estribación Sur de la *Peña Vieja* para unirse á *Sierra Arredonda*, se-

guimos por un sendero casi llano, que nos lleva hasta otro portillo, llamado *Horcada de la Poza*, en el cual hacemos alto y desde donde escuchamos el atronador estampido de los disparos de los cazadores y el griterío de los ojeadores. De allí no podemos pasar hasta que la cacería no termine. Hacemos tiempo subiendo á una pequeña torre de la falda de *Peña Vieja* y de ella á otras mayores.

Cesa el tiroteo y nos dirigimos al casetón de Lloroza, donde esperamos albergarnos aquella noche. Llegamos á él y tenemos la desgracia de no encontrar á ningún ingeniero de los que allí residen habitualmente á quien poder presentar las tarjetas de Alberto Oetli, ingeniero de la Siemens-Sucker, de José Manuel Kindelán, ingeniero industrial, y del colaborador de POR ESOS MUNDOS y redactor de *La Tribuna*, José Fernández Zabala.

Las reciben unos conserjes ó encarga

dos que no quieren leer la carta de recomendación que ha dado á su pariente Kindelán el ingeniero don Benigno Arce, descubridor de casi todas aquellas minas y organizador de su explotación, y á quien en toda la comarca veneran, respetan y quieren.

Lamentando que aquellos desgraciados vengan á manchar con su nota de grosera estupidez las maravillas del paisaje que nos rodea, nos marchamos á otra parte con los morrales (aquellos morrales asesinos que encerraban las vituallas para tres días de alta montaña). Toma nota del casetón de Lloroza, para no incluir en tus expediciones el paso por aquella sucursal de Zululandia, al menos mientras siga habiendo allí conserjes ó criados tan insolentes.

Nuestro guía, Francisco Llorente, nos indica la relativa proximidad de un albergue abandonado, el de *Fuente Escondida*, á 2.043 metros de altura, donde aún quedan los restos de un cable de conducción aérea de mineral en las ya agotadas minas de *Altaiz* y *Hoyo sin Tierra*. A él nos dirigimos, y á medio camino nos cruzamos con la comitiva de cazadores, al frente de los que marcha, á un paso fuerte y duro de *montagnard*, S. M. el

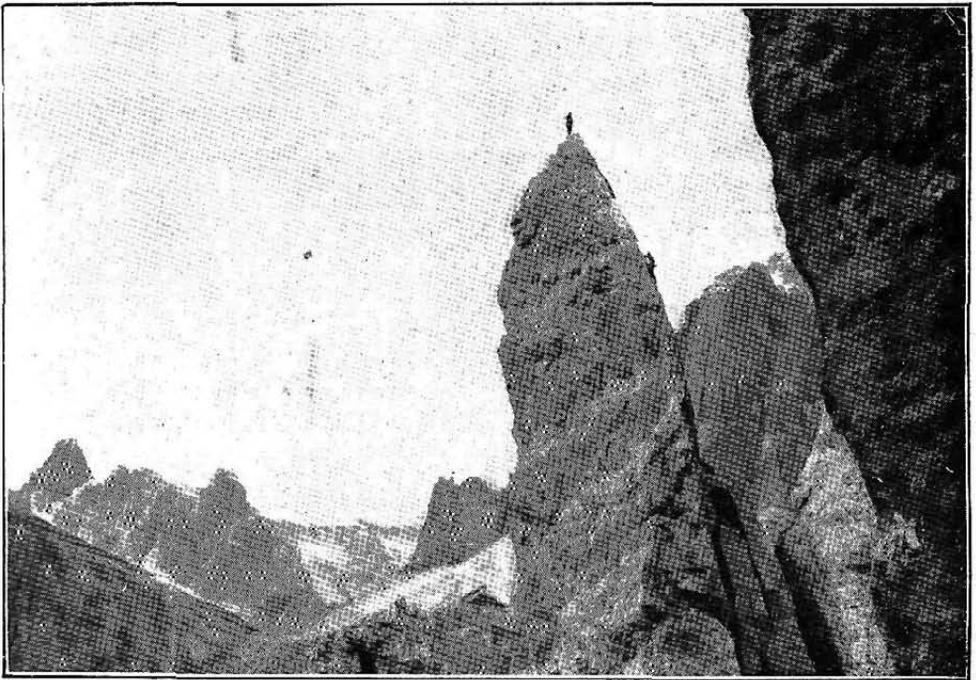
Rey, que nos saluda afabilísimo. En el grupo marchadon Pedro Pidal, marqués de Villaviciosa, el conquistador del *Naranco ñe Bulnes*.

Seguimos senda arriba, y mucho antes de anochecer llegamos á la caseta de Altaiz, completamente desmantelada, y que arreglamos de cualquier modo.

Entre los ojeadores de la cacería regia hemos escogido uno, Pedro López, para guía en nuestra expedición de mañana. Después de acarrear leña á un departamento que fué cocina, el guía Francisco se despide, y parte camino de Espinama, por la *canal de la Gendua*, en la vertiente Sur de la Sierra Arredonda y por Fuente Deva.

Decirte, lector, que lo pasamos bien aquella noche sería engañarte: durmiendo (r) sobre unos tablones, á 2.040 metros de altura, en una noche de viento formidable, y sin más abrigo que la pelerina ó capa de montaña, no es posible exigir que el sueño llegue.

A las seis de la mañana estamos dispuestos para marchar. Descendemos vertiginosamente por la empinada y pedregosa ladera de *Hoyo sin Tierra*, sorprendiéndonos en el trayecto una avalancha de pedruscos, promovida por



La Torre del Madrieffo: en su cúspide el autor de este artículo; subiendo por el flanco el ingeniero Oetli y el guía
La fotografía es de Don José M. Kindelán, que realizó después la misma ascensión

un rebeco que huye en los altos de la montaña.

Después del descenso comienza la subida fuerte y un tanto penosa por la vertiente Sur de Peña Vieja. Entramos en la angosta hondonada de la *Canalona*. A un lado y otro se alzan imponentes las agujas de Santa Ana, algunas inaccesibles absolutamente; otras, brindando con sus grietas emocionantes escaladas.

En una gruta natural reposamos la jadeante ascensión; desde allí contemplamos en derredor nuestro el majestuoso circo de montañas que rodean el *Hoyo sin Tierra*: de izquierda á derecha elevanse las cumbres afiladas de *Punta Madejuna* (2.521 metros), *Tiro Llago* (2.503 metros), la *Torre del Llambrión* (2.638 metros), *Punta de Horcados Rojos* (2.469 metros), la *Punta de Santa Ana* (2.565 metros), á cuyos pies nos hallamos; volviendo más á la izquierda, se admiran las torres agudísimas que la *Peña Vieja* lanza al Sur, y entre ellas, al fondo, el mar de nubes que se cierne sobre el valle de Baró.

Proseguimos el ascenso por una estrecha grieta de *Santa Ana*, y conseguimos alcanzar el *Collado de la Canalona*,

donde descansamos junto á un extendido nevero.

A las once emprendemos el ataque al *Pico de Santa Ana* por la falda que mira al Collado, y á la media hora ya hemos dominado varias de las gigantescas torres que lo circundan; aún restan varias, de las que podemos prescindir para llegar á la cumbre; pero hay una, que se yergue esbelta y cuya gallardía parece invitarnos á conquistarla; nos decide á realizarlo el mohín de incredulidad que el guía hace cuando le proponemos atacarla.

¿Cómo hemos subido? No lo podría explicar; sólo sé deciros que hubiera querido ser miriápodo, porque había momentos en que necesitaba tres ó cuatro manos más y otros tantos pies.

La torre innominada ha sido vencida; nosotros, por ese derecho de primeros ocupantes, la hemos bautizado con el nombre de *Torre del Madrileño*; hemos dejado sobre su cimera una pirámide de piedras y bajo ellas nuestras tarjetas. Ahí queda rememorada la conquista en una fotografía para la íntima satisfacción nuestra. ¡Oh vanidad de los humanos!

JOSÉ FERNÁNDEZ ZABALA

(Del Cu.) Alpino Español)

NOTA.—Las valiosas fotografías que ilustran este artículo se deben principalmente á su autor, al ilustre alpinista D. Antonio Prast, D. José M. Kindelán, D. A. Fernández y á D. Leopoldo Alonso. Este último las tomó en una reciente excursión organizada por *Nuevo Mundo*, en la cual prestó extraordinarias facilidades y amable compañía D. Dionisio Ajenjo, secretario de la Asociación Protectora del Viajero, en Santander, entidad de la cual ha de ocuparse en breve esta revista con la extensión que el asunto merece.

